

E. Erculei y G. Grimaldi (eds.), *Política, moralità, fortuna. Riflessioni storico-filosofiche sul Principe di Machiavelli*. Roma, Carocci editore, 2015, pp. 238.

Los autores de *Política, moralidad y fortuna*, volumen que celebra el quinientos aniversario de la escritura de *El príncipe* de Maquiavelo, proponen lecturas actualizadas de este clásico que permiten renovar la óptica con la que nos aproximamos a ella. En estos artículos se establecen diálogos entre Maquiavelo y otros autores de distintas épocas que permiten reconstruir y problematizar una vez más la inagotable obra del florentino acercándola a temas de actualidad. La novedad que las distintas perspectivas recogen es una lectura que reconoce *El príncipe* como el primer tratado filosófico-político propiamente moderno.

Andreas Wagner reivindica esta obra de Maquiavelo como un texto de carácter moderno en tanto que seculariza la política con respecto a la moral heredada del cristianismo, mostrándola de este modo de forma inmanente. La mirada teológica de la tradición ha querido ver la política como medio para alcanzar un fin superior no-político. Bajo esa lectura, *El príncipe* se presenta como un texto inmoral, que disocia los imperativos éticos de la práctica política. En Maquiavelo encontramos, en efecto, una concepción dual: por un lado estaría la virtud y, por el otro, lo que llama “la fortuna”. Esta separación introduce de manera drástica la contingencia en la actividad política, lo cual afecta el éxito que esta pueda alcanzar. Pese a ese horizonte de imprevisibilidad, exige al gobernante aumentar sus posibilidades de éxito, haciendo acopio de sus recursos para medir sus acciones y posibles efectos. El éxito implica, entonces, ver el conjunto de circunstancias históricas, de poderes sociales y políticos, fuerzas armadas, ideas y convicciones que determinan las opciones de un agente político. La predicción se muestra así como un aspecto clave del éxito político. ¿Cómo conoce el gobernante la sociedad? ¿Puede el gobernante librarse de la dependencia de factores y agentes externos en la historia? Nos vemos frente a una historia abierta. Sorprende cómo el poder político que presenta Maquiavelo es hasta tal punto frágil y precario.

¿Cómo entender el realismo político de Maquiavelo y Hegel? ¿Qué comparten estos autores? Estas preguntas orientan la investigación de Giorgio Grimaldi. A ambos autores se les ha achacado su inmoralidad y cinismo, nos dice. Para entender la perspectiva realista de Hegel se debe partir de que el sujeto realiza su interioridad en el mundo exterior, y en este esfuerzo se enfrenta a la resistencia de la realidad. El trabajo de la interioridad debe involucrarse en el proceso histórico y mostrar sus resultados en lo social. Este es el punto de partida realista que comparten Hegel y Maquiavelo: quieren registrar un contexto

histórico dado que debe ser confrontado para poder transformarlo. Para Hegel, en *El príncipe* se abordaría el Estado de excepción en el que se constituyen los Estados en un determinado contexto histórico. *El príncipe*, entonces, es más que un texto cínico para un príncipe, está dirigido a la liberación de Italia de la amenaza extranjera mediante la conformación de un Estado capaz de otorgarle la autonomía. Por consiguiente, la obra abordaría no tanto la relación entre la moral y la política, sino entre la moral y la realidad. Ni Maquiavelo ni Hegel se permiten consuelos ilusorios en la vida privada y la interioridad. Para Hegel, sólo desde el reconocimiento de que el mal existe, de la aceptación de este hecho, se puede lograr un cambio.

¿Podemos culpar a Maquiavelo de las semillas de la monstruosidad totalitaria? ¿Cuál es el valor científico de *El príncipe*? Con estas preguntas Emanuela Susca abre una lectura crítica y actual de esta obra, poniéndola en relación con Vilfredo Pareto. Para la autora, Maquiavelo es iniciador del estudio científico de la sociedad, pues pone en el centro las relaciones entre los hechos sociales. Se busca una solución al problema del desacuerdo entre moral y utilidad en la medida en que se basa en hechos que procuran los medios para un fin político. En este sentido, Pareto, filósofo de comienzos del siglo XX, recoge de Maquiavelo la técnica autoritaria y el método realista-racionalista, trasladándolo a la política actual. El problema de que Maquiavelo haya concebido por primera vez una política independiente de la moral y la religión es lo abismal que resulta esta brecha en los totalitarismos. Por ello, Pareto aboga por un maquiavelismo moderado, evitando absolutismos, que exalte desproporcionadamente, como hizo Mussolini, la fuerza y la astucia en la conquista del poder, y generando la fidelidad y la adhesión del pueblo.

Paolo Ercolani replantea aquel paradigma bajo el cual el gobierno de la nación ejercido por el monarca absoluto o el dictador es perfectamente visible y definible. A la luz de las redes de información en un contexto globalizado, se presenta un nuevo paradigma en que el *homo oeconomicus* pasa a ser *homo religiosus*, pues obedece fielmente, en última instancia, a los poderes económicos que rigen de fondo. En este paradigma habría un gobierno omnipresente e invisible. En este contexto, Ercolani atiende a la centralidad del momento superestructural, es decir, ideológico, en Gramsci. El gobierno de una clase o sistema no se manifestaría tanto mediante la coacción como, sobre todo, mediante el consenso, el cual se conquista precisamente en el plano cultural y de las

ideas. Un grupo social ya ha de ser dirigente de hecho antes de conquistar el poder gubernamental, puesto que debe haber construido una hegemonía mediante la dirección intelectual y moral. En Gramsci se articula la hegemonía con el consenso. ¿Qué aprendemos de Gramsci y qué de Maquiavelo? El primero, quizá con excesivo optimismo, contempla una voluntad política que se construye gracias a la mediación de los intelectuales y que produce subjetividades con iniciativa histórica. *El príncipe*, según Gramsci, sería un manifiesto de cultura política que invita al pueblo a la acción. Con ello ejemplifica el mensaje revolucionario: la preparación del hombre como sujeto histórico pasa por el terreno de la cultura y las ideas. Maquiavelo nos muestra crudamente que el mundo está gobernado por el poder ¿Quién es el príncipe hoy? ¿Cuál es ese poder vigente?

Ercole Erculei abre así el debate en torno a cómo se presenta la relación entre política y moral que atraviesa todo el volumen. En su artículo ofrece dos perspectivas que parten de la figura de Alejandro Magno. Por un lado, Dión de Prusia defiende los valores griegos de la virtud, mientras que Maquiavelo aboga por la figura del macedonio, a quien tomará como modelo de gobernante. Para el florentino, lo verdaderamente fundamental son los hechos y los efectos mismos de un gobierno, y no tanto el político en sí mismo. Que el político sea o no virtuoso en su intimidad sería irrelevante para las estrategias que se necesitan en un Estado. El político debe poseer la inteligencia suficiente para dominar el arte de la guerra y mantener el orden desde el poder. La virtud, como excelencia, se basará en la capacidad militar y de liderazgo que demuestre el político en su gobernanza. Otorga una importancia decisiva al éxito en lugar de a la moral. Así, se entiende que la excelencia militar se impone sobre la moral.

Thomas Dewender abre su texto con la pregunta sobre si *El príncipe* formaría parte de la tradición medieval de los *specula principium*. El autor busca evidenciar a través de nuestra tradición occidental cómo, por un lado, Maquiavelo retoma las cuestiones y problemáticas de la literatura representada por los *specula principium*, mientras que, por otro, las modifica de modo peculiar, introduciéndolas en el contexto en que el autor florentino emplea como criterios de valoración, por un lado, la situación particular y, por el otro, el éxito en la acción política. Como indica

Quentin Skinner, se reclama al príncipe que se convierta en un hombre de disposición flexible, capaz de variar su conducta del bien al mal, y viceversa, según la fortuna y las circunstancias lo requieran.

Tomasso De Robertis compara las aproximaciones de Pontano y Maquiavelo acerca de la fortuna, la virtud y la prudencia a partir del XXV capítulo del *Príncipe*. Aquí aborda el planteamiento político de Maquiavelo, que nos enfrenta a la cuestión de cómo los gobernantes pueden gobernarse a sí mismos, de un lado, y gobernar a un pueblo, por otro. El autor se detiene especialmente en la esencia del poder y su estructura. El planteamiento de Maquiavelo es tomado como novedoso respecto a la tradición y sus contemporáneos.

Andrea Verdecchia se centra en su artículo en el papel que juega la fortuna en la obra de Maquiavelo. El autor no aborda al florentino como un pensador que elabora el tema general del hombre ante la fortuna, sino como intérprete de un tipo particular de hombre –el prudente– frente a otro que actúa de forma menos racional y previsible y que, así, resulta decisivo para explicar el poder de la fortuna. De esto se seguiría que el rol de los no prudentes es un elemento constante en la fortuna. Es por ello que los conceptos se presentan procurando seguir una redefinición del ámbito específico en que se ejerce el poder de la fortuna, partiendo de donde Maquiavelo la encuentra para entender dónde se reubica históricamente. Para el filósofo renacentista, los cambios posteriores a 1494 no se traducen en una identificación real entre la fortuna y el momento histórico, sino que se muestra cómo dicha identificación era más bien funcional para excluir a los no prudentes de la gestión del poder. Pasando de la historia a la libertad humana, Verdecchia destaca que respecto a la libertad humana encontramos una visión humanista dominante que refuerza esa estrategia de exclusión, puesto que los no prudentes son en cierto modo deshumanizados, reduciéndolos a una tendencia cíclica típica de los fenómenos naturales.

Verónica Rosich
verosich@ucm.es

Laura Perdomo
lauraperdomoj@gmail.com